

---

## INTRODUCCIÓN DE LA COORDINADORA

---

*Velia Bosch*

**E**n Teresa de la Parra, por herencia familiar, formación y gusto errante se produce un milagro no repetido ni superado aún en las letras venezolanas: es el espíritu de renovación, ironía fresca, flexibilidad y limpieza, todo en uno, exquisito para escuchar en dulce y lento coloquio. La pregunta y la respuesta se la hace y se la da ese otro milagro latinoamericano que fue Gabriela Mistral:

«¿Cómo se ha logrado una tal uniformidad del tono en medio de la batahola magnífica de los tonos españoles y franceses que le danzan en el oído? Su buen sentido —gran cuerda es usted, Teresa—, la ha salvaguardado de adoptar dos o tres; el mismo le ha hecho evitar los tonos extraños a su raza. Al revés de nuestros afrancesados de Gualigaica o Puno ella sabe que ni el tono de Giraudoux, ni el de Valéry le servirían, entró en ella con la leche, con la guayaba, con la confitura criolla, con el sucedido del Cochocho».<sup>1</sup>

«El sucedido del Cochocho» es infancia real y ficcionada. Esa infancia que permanece dura e inviolable para todo poeta. Rilke la exorciza mediante el rezo y comprueba «que de nada sirve envejecer». La autora de *Las Memorias...* ejerce el conjuro del ser y carencia de su lengua viva en el peón que lleva nombre de piojo. No hay en ello desprecio alguno, y como en la famosa joroba de otro ser literario, hay humildad y amor: el conjuro se produce.

En 1898 muere su padre. Él mismo había inscrito en su libreta de anotaciones, hasta hoy inédita: «Nació en París, Ana Teresa del Rosario, el 5 de octubre de 1889. Se bautizó en 1890, padrinos Antonio Parra y Lola Reyes de Sucre. Me fui a Estados Unidos el 15 de mayo de 1881 y regresé en agosto. Me fui por segunda vez a E.U. en 1888. Se embarcó Isabel para París. Regresamos en 1890. Nos fuimos a “Tazón” el 22 de septiembre de 1891».

---

<sup>1</sup> «Teresa de la Parra», crónica de Gabriela Mistral publicada en la revista *Billiken*, n° 535, Caracas, 1930.

Corta y a saltos fue su permanencia en la hacienda paterna, lo suficiente para que cualquier niño fije sus imágenes definitivas y sus afectos eternos. Tres años antes de morir escribe una dolorosa carta a su enamorado de ayer, Zaldumbide...

[...] un día como hoy, un 24 de diciembre al amanecer, murió mi padre... Hoy veo los distintos pasados de mi vida, tan cerca unos de otros como los tabloncillos de caña vistos desde arriba, desde la casa... Rilke dice que los recuerdos de juventud y de infancia son una especie de mina inagotable...

A escasos minutos de Caracas, la hacienda de caña estuvo enclavada en una de las zonas de más agradable clima y exuberante riqueza agrícola. En este refugio eglógico habían permanecido durante diez años la futura escritora y sus cinco hermanos: Miguel, Luis, Isabel, María y Elia. Venezuela era un país de economía feudal y su atmósfera política se encontraba enrarecida por montoneras ávidas de poder, mal llamadas «revoluciones».<sup>2</sup> «La Tercera por orden de edad y de tamaño», como reza en la primera línea de *Las Memorias...* es la niña Ana Teresa, muchos años después conocida como la escritora de los Parra Sanojo. Cumplidos los once años, huérfana de padre, debe asumir una doble carencia afectiva al alejarse de su escenario tropical. Viuda y niños se trasladan a Valencia, España, y se hospedan en Mislata en casa de los familiares maternos Sanojo del Llano. En 1903 se registra su ingreso en el internado de religiosas franco-españolas, «Colegio Sagrado Corazón», en Godella. Un clima afectivo se superpone a otro espiritual y con él despunta la escritora<sup>3</sup> y obtiene su primer premio literario.

Es cierto que al escribir *Las Memorias...* ya era creyente a su manera; no obstante, por las páginas de *Ifigenia* y *Las Memorias...* se desliza una atmósfera todavía colonial y cierto remedo de las viejas escrituras, ese «montaje religioso» al cual se refiere Nélide Norris y que el escritor venezolano Marco Antonio Martínez llamó «una tonalidad religiosa», entendida más como valor estético del discurso narrativo que como significado místico.

<sup>2</sup> Guerras fratricidas que significaron el logro de ambiciones personales, la traición política y el desmedro moral de sus cabecillas, y que fueron el azote de un país pobre económicamente.

<sup>3</sup> En 1908, Ana Teresa concursa con sus primeros versos, una extensa composición clásico-religiosa con recuerdos épicos, y obtiene el premio de la Flor Natural de Chamartín de La Rosa. La idea que debía desarrollar, según los documentos que hemos revisado, era estrictamente mística: «El Sagrado Corazón fue mi patria, la beatificación de su fundadora es una gloria de mi patria». No obstante, en los diecinueve versos iniciales exalta la figura de un héroe que más pareciera la de Simón Bolívar que la de una dulce beata fundadora de Colegios religiosos. «¿Quién no levanta la serena frente / Ante las glorias de la patria amada / Y al verla, envidia de la extraña gente / No alza con santo orgullo la mirada? / Y al héroe que la eleva / Con fuego de patrióticos amores / Con heroicos empujes de nobleza / Con sublimes arranques de valores / Con actos de grandeza / Ocultos entre abismos de dolores?» Siguen ochenta versos más en diecisiete estrofas. (Papeles inéditos de Teresa de la Parra.)

Fue Ramón Díaz Sánchez quien relacionó las lecturas de Teresa de la Parra en su época de internado español, vida de santos (Santa Teresa, San Francisco), con lo que él denominó «espejismos confusos que más tarde se articularían emocionalmente a los conceptos y los prejuicios del solar caraqueño».<sup>4</sup>

*Las Memorias...* fue la obra que en vida de su autora menos éxitos editoriales alcanzó y menos encarnizada polémica suscitó. Del contenido de sus cartas a Rafael Carías se adivina el auge brillante de *Ifigenia* en la opinión crítica de su época y la suerte editorial que la acompañó por diversos países europeos:

Le añadiré que *Ifigenia*, siempre por haberlo solicitado espontáneamente, está traduciéndose al rumano, al alemán y se espera que se imprima la traducción francesa para, apoyándose en ella, en lo referente a ciertos cortes o abreviaturas, traducir quizás al ruso y al italiano. El libro gusta más aquí que en América, exceptuó a Colombia, donde el éxito ha sido absoluto. (1927)<sup>5</sup>

Y ese mismo año y al mismo destinatario, un comentario que no se plasmó en realidades:

Con éxito extranjero le diré que va a hacerse una edición de lujo a 600 Fcs. el ejemplar con ilustraciones de Van Dongen. Está pedida la traducción alemana y me la piden para el ruso traducida del francés.<sup>6</sup>

Fue a partir de la década de los años cincuenta cuando críticos y traductores, una vez difundida *Las Memorias...* por Latinoamérica, comienzan a interesarse por la traducción al inglés y holandés. Existen dos traducciones al inglés y una al holandés, en cuyos títulos, vale subrayar aquí, traductores y editores responden, a veces, a características idiomáticas en cuanto a la conservación o supresión del artículo *LAS* que acompañó a las primeras publicaciones en vida de su autora: *Mamá Blanca's souvenirs*;<sup>7</sup> *The Memoirs of Mamá Blanca*<sup>8</sup> y *Mamá Blanca*.<sup>9</sup> Esta misma tendencia puede observarse en ediciones más recientes, en español, a fin de abreviar el título de la novela (v. Bibliografía comentada).

Nuestra edición establece como definitiva la denominación del título en TB<sup>10</sup> y la ordenación de capítulos en MS (a), página 43 del legajo de la autora y 44 de

<sup>4</sup> Ramón Díaz Sánchez, *Teresa de la Parra. Clave para una interpretación*, p. 121.

<sup>5</sup> *Teresa de la Parra. Epistolario íntimo*, Caracas, 1953, p. 81

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 69.

<sup>7</sup> Traducción de Harriet de Onis, Introducción de Dillwyn F. Ratchiff, Washington D.C., Pan American Union, 1959, p. 129.

<sup>8</sup> Traducida del español por Charcot-Hendry, 197 hojas tipeadas a máquina, sin fecha e inédita.

<sup>9</sup> Servire-Deen Haag, s/f, 205 p. (titulación de capítulos con números arábigos del 1 al 8, sin los subtítulos. La «Advertencia» va ubicada como epílogo).

<sup>10</sup> Véase «Abreviaturas», p. XLII.

la numeración convencional de la Biblioteca Nacional de Venezuela. Presumimos que el lapso transcurrido entre las primeras ediciones (1928-1929), fue empleado por Teresa de la Parra para redactar la «Advertencia» y la dedicatoria, fijar el ordenamiento de los capítulos y ajustar, de común acuerdo con Miomandre, el glosario de venezolanismos y americanismos que apareció apenas esbozado en notas a pie de página en el suplemento de la *Revue*, v. Cuadro Sinóptico de T(FM).

Seminarios, tesis doctorales, trabajos críticos y ensayos aproximativos procedentes de diversos centros de estudios superiores dentro y fuera de Venezuela han empezado a acopiar un material que supera los criterios de cierta crítica convencional que, con limitadas excepciones, había abordado de manera superficial un texto no por hermoso, menos complejo.<sup>11</sup>

Cabe aquí señalar que el primer intento de antologar opiniones críticas autorizadas sobre la autora de *Las Memorias...*, se debe a la realizada por nosotros en *Teresa de la Parra ante la crítica* para Monte Ávila, en 1982. De estos juicios suscritos por más de una veintena de críticos y ensayistas latinoamericanos, acaso tres de ellos se detienen en el examen de ciertos aspectos temáticos o valores estilísticos de su segunda novela. Es que la importancia de *Las Memorias...* estuvo y sigue estando limitada a un número reducido de especialistas. Por largo tiempo prevaleció el criterio repetido por la crítica didáctica a partir de los años cuarenta que ratificaba los conceptos emitidos por R. Olivares Figueroa, en cuyo ensayo,<sup>12</sup> «Teresa de la Parra y la creación de caracteres», reconoce como única virtud esencial de *Las Memorias...*, la de ser una «novela infantil» o bien la de representar «viñetas folklóricas de ambiente criollo y campesino». Ya José Luis Sánchez Trincado, citado por Olivares Figueroa, la había calificado de «novela álbum», y Bernardo Uribe Muñoz en *Mujeres de América*, Medellín, 1934, la denominó «novela que no podemos llamar novela sino crónicas».

Se podría deducir que tales afirmaciones le niegan el crédito de novela, adjudicada por una crítica más reciente, a partir de criterios más flexibles y modernos que en torno a los géneros literarios se han adoptado.

---

<sup>11</sup> Algunos de estos trabajos han llegado a nuestros archivos personales: Nérida Norris, *A critical Appraisal of Teresa de la Parra* (A dissertation submitted in partial satisfaction of the requirements for the degree Doctor of Philosophy in Hispanic Languages and Literature), University of California, Los Ángeles, 1970 (316 p. mimeografiadas); María Narea, *Soledad compañía anónima* (Reflexiones acerca de la vida y obra de Teresa de la Parra), Universidad Central de Venezuela, Trabajo de grado para optar a la Licenciatura en Letras, Caracas, 1980 (580 p. mimeografiadas); Thais T. Ocando: *Introducción a la escritora venezolana Teresa de la Parra y su novela Ifigenia*. Submitted to the Department of Spanish at Amherst College in partial fulfillment of the requirement for the degree of Bachelor of Arts with Honor, 1981 (110 p. mimeografiadas).

<sup>12</sup> Rafael Olivares Figueroa, «Teresa de la Parra y la creación de caracteres», pp. 38-54.

Estudios más recientes se han encargado de colocar en su sitio criterios valorativos de la obra de Teresa de la Parra. Fue Orlando Araujo quien en 1972 afirmó:

Teresa adelanta la Caracas de Meneses y se asoma a los barrios que dominará Garmendia; y desde su soledad literaria tiende un arco de contemporaneidad, y si se quiere de experimentación, que viene a enlazarse con el humorismo crítico y con el ánimo contestatario de la más reciente narrativa del país, ésta del hastío que se confiesa porque ha cometido el delito del vivir independiente, allí donde cualquier autonomía es subversiva.<sup>13</sup>

Escasos antecedentes de invención literaria podían presentar los siglos XVIII y XIX en un país agostado por las luchas independentistas y la tenencia del poder político. Apenas el buen tránsito de José Martí por la «amodorrada Caracas de la época fue como la irrupción de una brisa oxigenada y fragante en un ambiente de somnolencia y bochorno».<sup>14</sup>

En este siglo, todavía el país se resentía después de cuatro décadas de despotismo ignorante, parafraseando a Picón Salas, «como una isla amurallada y precavida contra la influencia exterior».<sup>15</sup>

Es el momento en que Teresa de la Parra irrumpe con su *Ifigenia* en el ámbito de las letras venezolanas y latinoamericanas con sus páginas de refrescante humor e ironía y con la elegante prosa de sus primeros relatos.

El escritor ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, contemporáneo de íntima relación con la escritora señaló un rasgo que, según cierta crítica, es inherente al ser de la mujer como narradora, el de concebir toda obra como retrato de sí misma. Su testimonio de 1928 señaló el camino de la crítica ulterior que juzgó autobiográfico lo que en verdad es ficción, suma de ficciones biográficas, pero ficción al fin. Decía Zaldumbide:<sup>16</sup> «como mujer que es, no llegará tal vez a crear, de cuerpo entero y alma ingénita, otra heroína que ésa, que se le parece como una hermana. Las mujeres más que contar, saben confesarse; y no hay disfraz que no las traicione».

Si aquel terrible –por condenatorio– juicio dirigido a su primera novela lo trasladásemos a *Las Memorias...*, carecería igualmente de sostén crítico. La anciana que rememora su infancia, suerte de «máscara de abuela»,<sup>17</sup> ha servido

<sup>13</sup> Orlando Araujo, *Narrativa venezolana contemporánea*, p. 355.

<sup>14</sup> Manuel Pedro González, *José Martí en el octogésimo aniversario de la iniciación modernista*, p. 132.

<sup>15</sup> Mariano Picón Salas, *Estudios de Literatura venezolana*, 1961, p. 164, se refería en realidad a las «dos dictaduras muy poco cultas de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez (1899-1935)».

<sup>16</sup> Gonzalo Zaldumbide (1885-1965) ensayista, político y diplomático ecuatoriano. En un principio cultivó la poesía, luego se dedicó al ensayo, en cuya disciplina se destacó como estudioso de las obras de Juan Montalvo, José Enrique Rodó, Gabriel D'Annunzio y el Inca Garcilaso de la Vega. En carta al historiador venezolano Díaz Sánchez, Zaldumbide le confiesa: «Teresa fue la mujer que más profundamente he amado yo en mi vida».

<sup>17</sup> Francis de Miomandre en el prólogo a su traducción francesa en 1929, escribió: «[...] à elle même, il m'est assez difficile d'en parler, car elle est encore vivante; et bien vivante (encore qu'elle ait

para crear desde una objetividad lejana, seres de ficción no lejos de su íntima memoria y del fluir del subconsciente, sometidos a una vehemente operación artística.

El escritor venezolano Enrique Bernardo Núñez, amigo y contemporáneo de la autora de *Las Memorias...* y uno de sus más autorizados apologistas, escribió estas reflexiones en torno a «Historiadores y novelistas», que pudieran, todavía hoy, oponerse a criterios como el de Zaldumbide:

El novelista se siente cohibido para referir las propias o ajenas experiencias, o describir el mundo que le rodea. Nadie sabría apartar al novelista de sus personajes, y buscarían su identidad con personas de la vida real, aunque no fuese ésta la intención del autor. Recuérdese el caso de Teresa de La Parra, quien se vio obligada a contestar cierto género de crítica poco benevolente.<sup>18</sup>

Teresa de la Parra juzgó su segunda novela como obra mejor escrita que *Ifigenia*. En carta a su amigo y confidente de Caracas, Rafael Carías (1927), escribe: «De hablarle sinceramente le diré que hasta ahora estoy satisfecha [con *Las Memorias...*] es mejor libro que *Ifigenia*. Aunque quizás no tenga la misma acogida». «[...] mi actual libro será el más criollo de la literatura criolla. Todo pasa en el trapiche, en el río, en el corralón de las vacas, en los ranchos...» Tal vez por lo que años después escribió Arturo Uslar Pietri: «Lo que era confesión e ímpetu en *Ifigenia* ahora es arte y madurez. Hay una serenidad en este libro que trasciende y queda [...]. Una lengua de interno ritmo, justa y sabia, sin edad, ha llegado a ser su instrumento».<sup>19</sup>

Es necesario subrayar que *Las Memorias...* fue publicada en el mismo mes y año que *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos y que, con pocos antecedentes, en la novela latinoamericana actuó de cierta manera como precursora en el arte de leer determinado mundo rural y aprehender su lengua aferrada a la realidad mágica de su geografía y sus seres.

Un ensayo pionero *Mapa de América*, publicado por el ecuatoriano Benjamín Carrión en 1930, rompe con la débil apreciación adjetivosa que se había ungido de validez en crónicas disfrazadas de ensayos. Críticas más exigentes, hay que reconocerlo, escaparon de la lluvia de adjetivos en las páginas de prólogos que

---

pris, pour s'adresser à nous, ce masque de grand-mère). Cette jeune Vénézuélienne appartenant à une des meilleures familles de la colonie, est considérée dans l'Amérique latine tout entière - pays qui pourtant abonde en écrivains remarquables en tous les genres— comme un des stylistes les plus parfaits. Elle manie la langue espagnole avec une aisance raffinée, sans jamais sacrifier à l'archaïsme. Elle mêle sans aucun effort la tradition la plus pure au modernisme le plus libre. Sa phrase, souple et harmonieuse, suit avec une nonchalante fidélité les méandres d'une pensée complexe, mais toujours naturelle.»

<sup>18</sup> Enrique Bernardo Núñez, *Bajo el Samán*, p. 105.

<sup>19</sup> Arturo Uslar Pietri, «Testimonio de Teresa de la Parra», en *Iconografía*, p. 11.

hemos examinado en la Bibliografía preparada para esta edición; Buenos Aires, México, Puerto Rico y Cuba han seguido la pauta que marcó el primer volumen de la «Biblioteca Popular Venezolana» publicada por el Ministerio de Educación en 1945, fecha que hemos considerado importante por el escaso número de ediciones de *Las Memorias*... cuyo largo silencio editorial es sólo el síntoma de un país inmerso en la pasión política y la retaliación ideológica.<sup>20</sup>

Lo cierto es que Teresa de la Parra permite que entren a la literatura venezolana aires nuevos que desde tres vías muy relacionadas con su biografía de viajera tuvo la oportunidad de absorber y decantar: el dominio de una prosa castellana con la «espumosa elegancia» del francés, algunos rasgos propios de la reminiscencia proustiana y la ironía volteriana aclimatada por la lectura de Eça de Queiroz trasplantada en el tono de humor venezolano. Lo que hemos llamado un criollismo universalizado.

Nuestra elección para el examen crítico de esta edición se basó en la «editio princeps» en español y la última edición revisada por la autora (T. B.), e igualmente dimos importancia en la lectura comparativa al original de puño y letra, por la credibilidad de su procedencia y de igual manera a la traducción francesa de Francis de Miomandre, versión ésta especialmente apreciada por Teresa de la Parra. Consideramos variantes y correcciones producidas en las publicaciones de Editorial Arte y Biblioteca Ayacucho por considerarlas como las más difundidas dentro y fuera del país y por ser sus versiones reproducidas por editoriales estatales y comerciales de relativa circulación tanto en Venezuela como en Latinoamérica y el Caribe.

En nuestro estudio hemos adaptado el esquema pautado para esta edición a las características que presenta la obra examinada y en ningún caso nos propusimos agotar un modelo definitivo de crítica. Es hoy, a casi sesenta años de la edición de *Las Memorias*..., cuando lectura y relectura se imponen métodos más exigentes. La crítica de las obras de Teresa de la Parra apenas comienza a liberarse de antiguos esquemas fundamentados en la prosa admirativa, el halago personal o la diatriba (caso *Ifigenia*),<sup>21</sup> así como la lectura únicamente autobiográfica que reduce las posibilidades poéticas de ambas novelas.

Este volumen ha convocado nombres cuyas obras en el género de la crítica, el ensayo, la narrativa y la poesía, respaldan los juicios valorativos con los cuales

<sup>20</sup> El momento político que vivió Venezuela después de la dictadura de Juan Vicente Gómez reclamó a sus intelectuales la cercanía a un régimen de depredación humana. Lo propio hizo con Teresa de la Parra, Manuel Díaz Rodríguez, Enrique Bernardo Núñez y otros tantos.

<sup>21</sup> Si la crítica latinoamericana fue severa con su primera novela *Ifigenia* (París, 1924), no fue así la reacción de intelectuales franceses y españoles. En un *Bulletin de souscription à l'édition de luxe de Ifigenia, journal d'une jeune fille qui écrivait parce qu'elle s'ennuyait*, cuya edición no se produjo por descontento de la autora en cuanto a la traducción, se leen juicios de Henri de Régnier, Jacques Boulanger, Edmond Jaloux y Max Daireau que contrastan con lo que en diarios caraqueños y colombianos juzgaron inmoral y deficiente.

se acompaña la edición de tan singular obra de la literatura venezolana y caribeña. Todos ellos forman parte de equipos docentes y de investigación en universidades de Venezuela, España, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica.

De igual modo los que nos han acompañado en la lectura del texto en francés, elaboración de notas al glosario y una bibliografía selectiva y analítica, se afirman con severidad académica en sus respectivas disciplinas humanísticas.